

# Comunidad cristiana, comunidad iniciática

---

Juan Carlos Carvajal Blanco

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

**RESUMEN** En la nueva etapa evangelizadora en la que ha entrado la Iglesia, la iniciación cristiana se ha convertido en el referente fundamental de su acción catequizadora. La catequesis inicia en la fe iniciando en la vida eclesial; es decir, iniciando en la experiencia viva que la comunidad cristiana tiene del misterio trinitario de comunión que se ha revelado en Jesucristo. Desde esta perspectiva, la propia comunidad se constituye en el espacio iniciático y la catequesis en el servicio que ella se da a sí misma para que los que buscan a Dios puedan pasar de la realidad humana-visible de la Iglesia a la realidad divina-invisible del misterio de Dios.

**PALABRAS CLAVE** Comunión, comunidad cristiana, iniciación cristiana, comunidad iniciática, parroquia, catequesis.

**SUMMARY** *In this new stage of the Church's evangelization Christian initiative has become the basic focal point for her catechetical activity. Catechesis begins in the Faith, starting up from within the life of the Church. This means that this beginning starts from the lived experience the Christian community experiences of the Trinitarian mystery of communion revealed in Christ Jesus. From this standpoint the community forms itself within the very space of this initiative; catechesis reaffirms its own reason for existence so that those who search for God can pass from the visible humanity of the Church to the invisible divine reality that is God's Mystery.*

**KEYWORDS** *Communion, Christian community, Christian initiation, Community initiative, Parish, Catechesis.*

Antes de cualquier clarificación teológica y catequética, el autor de este trabajo quiere confesar la experiencia de comunidad cristiana que está en la base de sus reflexiones. Ya, en su tiempo, la recibió como una gracia; pero hoy, si cabe, está más convencido de que aquella experiencia no solo sirvió para orientar para siempre el ejercicio de su ministerio presbiteral que entonces inauguraba, sino también le ayudó a enraizar su fe en el misterio

divino que se traslucía y se hacía real en la fraternidad de los miembros de aquella parroquia: la Virgen de la Fuensanta, en el barrio de Usera de Madrid, allá por los años 90.

Basta con enumerar y describir, a modo de pequeñas fotografías, algunas de las escenas que componían la trama ordinaria de aquella comunidad cristiana, para percibir cómo el misterio del amor divino era el que daba fundamento a la vida del conjunto –y de cada una de las partes– y, de este modo, la vida comunitaria se hacía convocatoria y camino para aquellos que se aproximaban a la Iglesia.

En opinión de los que se acercaban, lo primero que llamaba la atención era la diversidad de los que componían el grupo humano de aquella parroquia. Ancianos, adultos, jóvenes y niños tenían espacios comunes de encuentro y fraternidad. Ciertamente, muchos de ellos venían determinados por la propia dinámica parroquial (celebraciones litúrgicas, convivencias, asambleas...), pero otros surgían de la propia dinámica de la vida: (bodas, fallecimientos, participación en actividades del barrio...). En cualquier caso, en aquellas ocasiones se notaba un trato personal que trascendía las naturales diferencias de edad, recorrido vital, ideología y experiencia de fe. ¿Qué era lo que unía aquellas personas?, ¿qué es lo que les llevaba a sentirse implicados unos en la vida de los otros?...

Como es normal, no siempre los ajenos tenían ocasión de encontrarse con el conjunto, pero sí entraban en contacto con la parroquia a través de las puertas que esta tenía abiertas al barrio. Una de estas puertas era el ejercicio de la caridad. El despacho de Caritas, con un seguimiento personalizado de las personas y familias que se acercaban a él; el cuidado de los enfermos y ancianos de la demarcación parroquial, ofreciéndoles compañía, gestiones y oración; la acogida, escucha y acompañamiento de los inmigrantes..., son solo algunas de las acciones por las que la Parroquia se hacía presente en el barrio. ¿Por qué se hacía ese servicio?, ¿de dónde manaba la fuente de esa generosidad?...

Otra puerta, esencial para entender el conjunto, era la catequesis y otras acciones en torno a la escucha de la Palabra. Todos, niños, jóvenes, adultos y ancianos encontraban el espacio necesario, bien para iniciarse en la fe bien para profundizar en ella. Un equipo de catequistas, convencidos de la importancia de su labor y generosamente entregados a ella, era la base de este servicio. Cada grupo tenía su propio itinerario, pero al sentirse todos en

camino, confrontados con la Palabra y reunidos, en ocasiones, para compartir juntos la fe, los miembros de aquella parroquia tenían la convicción de estar dando una respuesta personal, a la vez que común, a Aquel que les había llamado por su nombre. ¿Qué poder tenía aquella Palabra que mantenía unidos a aquellos grupos?, ¿por qué lejos de vivirlos como una carga, esos encuentros eran celebrados con gozo?...

La última puerta, y no menor, era la celebración de los sacramentos, en especial la Eucaristía dominical: la misa de las familias, donde la liturgia adaptada a los más pequeños se hacía kerigmática para los más mayores; y la misa comunitaria, donde la comunidad se reunía y se constituía como tal en torno al altar del Señor. Esta centralidad del domingo, día de celebración y fraternidad, solo se sustentaba porque a lo largo de la semana las eucaristías diarias, los espacios de silencio y oración –especialmente sostenidos por los más mayores–, los grupos de liturgia, de cantos y de limpieza..., iban poniendo las bases para que, en verdad, ese día fuera el día donde se reunía de un modo vivo y gozoso la comunidad parroquial. ¿Por qué los miembros de aquella parroquia respetaban y esperaban ese día?, ¿qué era lo que les llevaba a prepararlo con tanto mimo?

Cuando algo se cuenta, máxime los recuerdos, uno tiene la impresión de que lo engrandece. Pero la verdad es que lo que hacía grande a esa vida comunitaria no era lo que se veía, sino lo que dejaba translucir. Una anciana, frente a frente al sagrario mascullando para sí sus oraciones; un grupo de mujeres limpiando todos los jueves los locales de la parroquia; unas parejas, formadas habitualmente por un joven y un adulto, visitando a los enfermos; unos catequistas reunidos hasta altas horas de la noche preparando sus catequesis; un grupo de jóvenes confeccionando un cancionero; una conversación sobre el compromiso en la universidad o en el trabajo..., son escenas pequeñas y cotidianas que encontraban su grandeza porque si, de un modo callado, hacían presente un misterio, quienes las vivían tenían el atrevimiento de pronunciar un nombre: Jesucristo, el amor de paternal de Dios desentrañado, capaz de constituir una fraternidad cierta y real.

Las grandes palabras que este trabajo pueda decir solo se comprenden referidas a unas comunidades reales. No obstante, estas comunidades no responden a unos supuestos ideales que nunca hallan su realización, sino que se constituyen en unas relaciones y acciones sencillas que, justamente en su humildad y cotidianidad, son capaces de traslucir el misterio que las sostiene

y, por su medio, quiere manifestarse. La iniciación cristiana será el proceso por el que una comunidad ayuda a los que se le acercan a participar de su trama fraterna y a reconocer y acoger en ella la manifestación del misterio divino que se revela en Jesucristo, Hijo de Dios y hermano del hombre.

## I. UNA APROXIMACIÓN A LA NOCIÓN DE COMUNIDAD CRISTIANA

### 1. EL CARÁCTER PROBLEMÁTICO DE LA NOCIÓN DE COMUNIDAD<sup>1</sup>

El concepto “comunidad” ha llegado a ser un tópico, un lugar común que cuanto más se utiliza menos se sabe lo que se quiere decir. Así en el ámbito civil se habla de comunidad autónoma, de comunidad lingüística, de comunidad de regantes, de comunidad política, de comunidad de la red... El *uso polisémico* de esta palabra denota una multitud de significados que, en muchas ocasiones, responden más a unos pre-juicios ideológicos, sociales o políticos que a una verdadera realidad.

En cuanto a su uso eclesial, no es menor la polisemia. Sin solución de continuidad se habla de comunidad diocesana, de comunidad religiosa, de comunidad cristiana, de comunidad parroquial, de comunidad educativa... Bien es conocido el *carácter analógico* que esta palabra tiene cuando se refiere a los diferentes ámbitos eclesiales; no obstante, en pocas ocasiones se clarifica el alcance de su significado en esos ámbitos y las relaciones que deben existir entre ellos. En cualquier caso, tanto en la esfera civil como en la eclesial, cuando se emplea la palabra “comunidad”, esta adolece de precisión y, lo que es peor, nadie siente la necesidad de justificar su uso ni explicitar su contenido.

La constatación de este hecho manifiesta que lo “comunitario”, sea cual sea la forma en que se invoque o realice, se presenta con especial fuerza en nuestro tiempo. El uso abundante de “comunidad” denota que en este término

---

1 P. A. LIÉGÉ, *Comunidad y comunidades en la Iglesia* (Madrid 1978) 11-16; G. ROUTHIER, “La parroquia: sus figuras, sus modelos y sus representaciones”, en: A. BORRAS – G. ROUTHIER, *La nueva parroquia* (Santander 2009) 35-57; A. ÁVILA BLANCO, “Una mirada sobre la vida de nuestras comunidades”, en: INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL, *Revitalizar las comunidades cristianas hoy* (Estella 2011) 15-19, 22-26.

el hombre de hoy está volcando un anhelo profundo con ciertos ribetes de reacción. En efecto, parece como si con la simple mención de esta palabra se quisiera concitar “mágicamente” un cúmulo de bienes: unas relaciones de tipo igualitario, de alto contenido personal; una solidaridad en la que se une un trato afectuoso y cálido; la configuración, incluso, de una determinada identidad... Mientras que al tiempo se quisiera espantar todo aquello que pusiera el acento en lo institucional; en una regulación de transferencias con una fuerte base normativa; y un trato que por anónimo abocara a unas relaciones impersonales.

## 2. LA NECESARIA DELIMITACIÓN DE LA NOCIÓN: COMUNIDAD CRISTIANA – COMUNIDAD INICIÁTICA

Ciertamente, nuestro trabajo centra su atención en la noción de comunidad, pero en nuestro caso este concepto está delimitado de una manera especial por dos adjetivos que lo determinan: “cristiana” e “iniciática”. Pasamos a decir una palabra sobre la caracterización que imprimen estos adjetivos.

### a. Comunidad “cristiana”<sup>2</sup>

Lo cristiano viene siempre definido por la actualización del acontecimiento de Jesucristo. Jesucristo, el Hijo de Dios, en su encarnación y entrega pascual, ha desentrañado, de una vez por todas, el misterio de comunión de Dios a favor de la humanidad. Él, en obediencia al Padre, se ha entregado por todos los hombres y, por el don de su Espíritu, da la posibilidad de constituir una fraternidad entre aquellos que en la fe acogen su ofrenda amorosa. De este modo, al hablar de comunidad cristiana no estamos hablando de un grupo humano meramente “coloreado” por un sentido que proviene de “lo cristiano”; sino que hablamos de un grupo humano “constituido” desde su misma raíz por el *acontecimiento cristiano*. La “comunidad cristiana significa comunión en Jesucristo y por Jesucristo”<sup>3</sup>. La comunidad cristiana hunde sus

---

2 Cf. J. RATZINGER, *La fraternidad de los cristianos* (Salamanca 2004) 63-75; D. BONHOEFFER, *Vida en comunidad* (Salamanca 1987) 9-27; LIÉGÉ, 17-28.

3 BONHOEFFER, 12.

raíces en la paternidad de Dios que, en la entrega pascual de Jesucristo, se han mostrado real y en el don de su Espíritu constituye la fraternidad entre quienes se reconocen hermanos de su Hijo. La comunidad cristiana nace y se desarrolla en la medida en que por Cristo y en el Espíritu sus miembros participan del misterio de comunión que es la Santa Trinidad<sup>4</sup>.

En efecto, la comunidad cristiana siempre nace de un don que le antecede y que en ningún momento ella puede disponer. Ella se funda a partir de la respuesta de fe que, en el Espíritu, sus miembros dan al anuncio del evangelio de Jesucristo<sup>5</sup>. A partir de esta respuesta, que incluye la obediencia a la Palabra y el Bautismo, el creyente se injerta en Cristo y recibe el ser hijo en el Hijo, respecto a Dios, y hermano en el Hermano, respecto a los que creen en él<sup>6</sup>. No cabe otro origen, la comunidad cristiana se constituye por la comunión con Jesucristo que obra el Espíritu Santo, y solo por ella y al servicio de ella sus diversas formas sociales y sus elementos estructurales adquieren su verdadero sentido y dimensión.

#### b. Comunidad "iniciática"

Si la Iglesia se constituye por una realidad misteriosa, es decir, por una realidad que no es inmediata ni a la observación ni a la comprensión de aquellos que se le acercan; entonces resulta ineludible que ella establezca los dinamismos necesarios para que todos los que se aproximan a ella puedan participar de un modo vivo y consciente en ese acontecimiento trascendente que la constituye. De aquí se deriva, por tanto, que toda comunidad cristiana debe ser, de algún modo, una comunidad "iniciática".

4 En la Exhortación *Christifideles Laici*, Juan Pablo II sintetiza esta participación del cristiano en la comunión trinitaria: "La Iglesia misma es [...] misterio porque el amor y la vida del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo son el don absolutamente gratuito que se ofrece a cuantos han nacido del agua y del Espíritu (cf. Jn 3,5), llamados a revivir la misma comunión de Dios y a manifestarla y comunicarla en la historia (misión)" (nº 8). Para una clarificación de estas nociones cf. J. DE SAHAGÚN LUCAS, "Misterio", en: X. PIKAZA – N. SILANES (dirs.), *Diccionario Teológico "El Dios cristiano"* (Salamanca 1992) 890-897; N. SILANES, "Comunión", *Ibid.*, 244-262, *ib.*, "Misión", *Ibid.*, 879-890.

5 "Nunca habrá otro origen para la comunidad cristiana que el acontecimiento de una fe aceptada y decidida comunitariamente, compartida y vivida después en comunión. De una fe que confiesa a Jesucristo como el Resucitado y el que vive, como Aquel, por encima del cual no hay nada verdaderamente divino, nada auténticamente humano, como el manantial inagotable de toda interpretación última de la existencia" (LIÉGÉ, 19).

6 "La fraternidad cristiana se basa profunda y definitivamente en la fe que nos asegura que somos realmente hijos del Padre del cielo y hermanos unos de otros" (RAIZINGER, 70)

No obstante, esto exige alguna precisión. Si cualquier comunidad cristiana que sea digna de este nombre se constituye por el misterio de comunión que la precede y en ella acontece; no todas las comunidades cristianas están en disposición de acometer la iniciación en dicho acontecimiento. Es un hecho que comunidades que pueden ser un testimonio extraordinario de ese acontecimiento (comunidades monacales, comunidades apostólicas...) no cuentan con el necesario dispositivo para iniciar en lo que son los fundamentos esenciales de cualquier comunidad eclesial. De este modo, el interés que nuestro estudio tiene por la “comunidad cristiana” se particulariza cuando nuestra preocupación se dirige, justamente, al proceso de iniciar y de dar a participar del misterio cristiano.

En efecto, como decimos, no todas las comunidades eclesiales, aunque sean testimonio vivo de ese misterio y reflejen de un modo particular algunas de sus dimensiones, están en disposición de iniciar en él. Es preciso, por tanto, detectar aquellas “comunidades cristianas inmediatas”, que en el seno de la comunión eclesial, son capaces de desplegar las *mediaciones necesarias y suficientes* para introducir en el acontecimiento cristiano. En sentido estricto, la iniciación cristiana solo puede realizarse en el seno de la Iglesia particular, pues solo en ella “se hace presente la Iglesia universal con todos sus elementos esenciales”<sup>7</sup>. No obstante, la Iglesia particular presidida por el obispo no puede estar permanentemente reunida, es preciso detectar aquellos ámbitos eclesiales que de un modo inmediato testimonian el carácter comunitario de la Iglesia, a la vez que son capaces de desplegar el dispositivo iniciático necesario para introducir en el misterio de la fe.

Nuestro estudio tiene como objetivo clarificar todos estos extremos: primero veremos cómo a una noción renovada de catequesis, donde se pone el acento en la perspectiva iniciática, le es necesario la existencia de unas verdaderas comunidades cristianas. Después profundizaremos en el papel de la comunidad cristiana en la iniciación cristiana y caracterizaremos lo que hemos venido a llamar “comunidad iniciática”. Por último, y a modo de corolario, diremos una palabra sobre como la parroquia hoy sigue siendo el ámbito comunitario más significativo para la iniciación cristiana.

---

7 DGC 217, en el que cita CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Communio Notio 7* (AAS 85/1993, 838-850).

## II. LA COMUNIDAD CRISTIANA COMO EXIGENCIA DE LA CATEQUESIS INICIÁTICA

Bien está que pongamos nuestro punto de mira en la comunidad cristiana y en su capacidad iniciática, pero entonces surge la cuestión sobre el origen de nuestra atención. ¿Nuestro interés es efecto de la moda o responde más bien a unas razones de mayor calado? ¿Por qué en tiempos anteriores, a la hora de transmitir la fe, no se hacía tanto hincapié en la necesidad de la comunidad cristiana? ¿Qué evolución ha sufrido la concepción de catequesis que lleva como exigencia la intervención de la comunidad cristiana? Si la comunidad cristiana es la expresión del misterio cristiano, ¿no será un imperativo que sea ella misma el dispositivo básico para una iniciación en dicho misterio?... Para responder a estas cuestiones y comprender la correspondencia que actualmente se ha establecido entre catequesis iniciática y comunidad cristiana vamos a esbozar en este apartado la evolución que se ha dado en los últimos años en la concepción de la catequesis y cómo esto ha repercutido a la hora de concebir el ámbito eclesial que la debe sustentar.

### 1. EL PASO DE UNA CATEQUESIS DE TIPO ESCOLÁSTICO A UNA CATEQUESIS INICIÁTICA

#### a. La catequesis como mero aprendizaje de la doctrina

Hasta el tercer cuarto del siglo pasado la catequesis se concebía como el mero aprendizaje de la doctrina cristiana. De hecho, la catequesis recibía el nombre de “*catecismo*” y todo el dispositivo catequético se limitaba al aprendizaje, muchas veces memorístico y con un aderezo más o menos pedagógico, de los contenidos de la fe que ofrecían ese documento. Bien es verdad que tras el Concilio, con la consiguiente renovación de la noción de revelación y de la fe, se dio en los ámbitos catequéticos una renovación de la concepción de la catequesis; y la misma práctica, no sin un cierto tinte de reacción, siguió caminos diversos a los de antaño. Pero es un hecho que aún hoy muchas actividades catequéticas siguen centradas en la asunción de unos contenidos y no han asimilado una visión de la catequesis que, trascendiendo esa limitación, se concibe como un proceso iniciático capaz de introducir en el conjunto de la vida cristiana.

No cabe duda de que los procesos pastorales necesitan tiempos largos para evolucionar y que no siempre el cuerpo eclesial está pronto para dar res-



puesta a los retos que le presenta el mundo. Por eso es necesario comprender el contexto socio-ecclesial al que respondía dicha concepción de catequesis<sup>8</sup>. No podemos olvidar que ese modelo de catequesis respondía a un *contexto de cristiandad*, donde iniciación cristiana y socialización se solapaban hasta el punto de confundirse. Era un hecho que las diversas estructuras sociales concurrían para, desde su especificidad, “socializar” a las nuevas generaciones en “lo cristiano”: *la familia* era la responsable de transmitir de un modo experiencial y por osmosis unos modos de vivir configurados desde la referencia cristiana; *el ámbito social* (pueblo, barrio...), por su parte, constituía el espacio en donde no solo se otorgaba plausibilidad a lo aprendido en la familia, sino que además ofrecía una instancia de refuerzo y de control; por último, *la escuela*, considerada entonces como la estancia primera de instrucción cristiana, incluso antes que la propia parroquia, era la responsable de la enseñanza de la parte doctrinal de la fe, de manera que los niños y adolescentes pudieran aprender a tematizar lo que espontáneamente habían adquirido en la familia y el contexto social les exigía.

En el marco de una cultura uniformemente cristiana no es de extrañar que *socialización e iniciación cristiana se confundieran* y que la catequesis, ante todo, se centrara en la transmisión y comprensión de la doctrina y de la moral cristiana. Tampoco resulta raro que todo el esfuerzo de instrucción se circunscribiera a los niños y adolescentes y que tuviera como objetivo la recepción de los sacramentos. Y, de algún modo, resulta lógico que la metodología se mimetizara con la propia del ámbito escolar. En efecto, reducida la catequesis a la enseñanza de “la doctrina cristiana” y esta contemplada como una materia más, sin apenas referencia al propio acontecimiento cristiano del que daba testimonio, el método empleado no necesitaba adecuarse a la dimensión trascendente que posee dicho acontecimiento<sup>9</sup>.

---

8 Para la crisis de transmisión de la fe, en general, cf. J. MARTÍN VELASCO, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea* (Santander 2002) especialmente 37-80; y para el dispositivo catequético, en particular, cf. E. BIEMMI, *El segundo anuncio. La gracia de volver a empezar* (Santander 2013) 13-22.

9 Este aspecto lo hemos tratado en amplitud en J. C. CARVAJAL BLANCO, “La pedagogía de la fe al servicio de la revelación”, en: M. DEL CAMPO GUILARTE (ed.), *La pedagogía de la fe. Al servicio del itinerario de iniciación cristiana* (Madrid 2009) 47-81 (especialmente 49-61).

#### b. La catequesis como iniciación en la vida cristiana

No cabe duda de que el *contexto de cristiandad ha desaparecido* y de que el proceso secularizador ha realizado su obra en nuestras sociedades antaño cristianas. Hoy no es evidente la referencia cristiana ni en la vida social ni cultural de nuestros países occidentales. Ya es imposible concebir en la formación de las nuevas generaciones la concurrencia del proceso socializador y del iniciatorio cristiano. Los mismos adultos portadores de la fe y responsables de su transmisión a esas nuevas generaciones adolecen de la convicción y del vigor necesario tanto para vivirla como para proponerla... Por todo ello, desde hace unas décadas, se hace evidente que la Iglesia tiene la necesidad de alumbrar una nueva catequesis que asuma la responsabilidad de iniciar en la fe, es decir, que ayude a personalizar la fe que da acceso al acontecimiento cristiano y configura con él.

En efecto, es un hecho que las estructuras sociales que antes socializaban-iniciaban en lo cristiano, ellas mismas, han sufrido el desgaste del secularismo imperante y encuentran grandes dificultades a la hora de transmitir la fe a la siguiente generación<sup>10</sup>. En la sociedad actual, pluralista y relativista, donde lo cristiano padece un proceso de exculturación, la familia no solo ha aminorado su influencia sobre sus miembros más jóvenes, sino que ella misma, como la institución básica de la sociedad, está sumida en un proceso crítico que afecta hasta su misma identidad. Por su parte, el grupo social inmediato sigue ejerciendo su función de estímulo y control; pero ahora desde una orientación diversa, cuando no contraria, a la referencia cristiana. Y la misma escuela no solo no presta ya un servicio a la promoción del hecho religioso y la transmisión de la fe, sino que ella, como institución socializadora, ha perdido peso frente a otras instancias de transmisión cultural.

Esta situación es la que ha llevado a que, en la mayoría de los casos, sea la acción catequizadora de la comunidad cristiana la que, casi en exclusiva, cargue con la *responsabilidad de iniciar a los creyentes* en la nueva vida que brota del acontecimiento de la fe. Aunque la práctica pastoral no siempre esté a la altura debida, la conciencia eclesial tiene la certeza de que los cristianos solo puedan llegar a hacer “una viva, explícita y operativa confesión de fe” (DGC 82a) si hoy recorran un verdadero proceso iniciático. En este marco,

---

10 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (XCVII ASAMBLEA PLENARIA), *Orientaciones pastorales para la coordinación de la familia, la parroquia y la escuela en la transmisión de la fe* (25-II-2013) 16-26.

la catequesis se concibe como un proceso formativo, orgánico y sistemático, capaz de introducir en el conjunto de la vida cristiana y de manifestar esta vida como la mediación necesaria para que el creyente se configure con Cristo, confesado como su Maestro y Señor (cf. DGC 67). Aquí, la pedagogía iniciática trasciende la metodología escolar<sup>11</sup>. Al servicio de la gracia divina, la comunidad cristiana se convierte en testimonio y mediación de la acción salvadora y santificante de Cristo y la catequesis en servicio eclesial para que los creyentes la reconozcan y la respondan con la fe.

## 2. EL PASO DE UNA PARROQUIA DE SERVICIOS A UNA COMUNIDAD INICIÁTICA

### a. La parroquia como dispensadora de servicios

Cuando, más arriba, hemos hablado de la socialización de la fe, hemos mencionado a la familia, al contexto social inmediato y a la escuela; apenas hemos hablado de la parroquia. Esto no supone poner en duda que la parroquia haya sido y sea una institución fundamental tanto para el sustento de la vida eclesial y de la fe de los creyentes como para su transmisión a los que buscan encontrarse con la buena noticia del Evangelio. No obstante, como hemos indicado, la parroquia no siempre ha tenido el papel necesario que cabía suponerle. Derivado el proceso socializador-iniciático al conjunto de la sociedad, la parroquia no tenía, como tal, la tarea de engendrar en la fe –esto le venía dado–, sino solo de alimentarla, regularla, cuidarla y hacerla coherente.

Aunque, a lo largo del tiempo, la parroquia ha sido el núcleo básico de la Iglesia, es un hecho que esta célula eclesial no ha mantenido siempre la misma configuración. La parroquia ha sufrido los avatares del tiempo y sus diversas figuras históricas han sido el resultado de los necesarios subrayados en aras de dar respuesta a los retos que la sociedad le presentaba<sup>12</sup>. Podemos decir, que en el momento actual *la parroquia está en plena evolución*. Las estructuras que la han configurado en épocas anteriores, aunque caducas, se

---

11 Aquí, "la iniciación no es del orden de transmisión de un saber intelectual; es pedagogía de entrada en un misterio" (L. M. CHAUVET, "Les sacrements de l'initiation": *Croissance de l'Église* 108 [1993] 40, citado en: C. FLORISTÁN, *Para comprender la parroquia* [Estella 1994] 95).

12 Lo que continúa tiene en cuenta, aunque no sigue, las reflexiones de G. ROUTHIER, 23-75. Partiendo de la Edad Media, el autor distingue cuatro modelos: la parroquia como lugar de encuadramiento de los fieles (p. 26-35); la parroquia como comunidad (p. 35-57), la parroquia como gran servicio público de lo religioso (p. 58-67), la parroquia como célula misionera (p. 67-71).

mantienen y no terminan de alumbrarse aquellas que pueden dar respuesta a los retos del tiempo presente.

Así es, no cabe duda de que nuestra época puede caracterizarse como de tardo-cristiandad, es un tiempo de transición, y la parroquia no termina de encontrar la configuración necesaria para dar la justa respuesta. Hoy se mezclan dos modelos distintos de parroquia que, sin embargo, encuentran gran sintonía. Nos referimos, por un lado, al modelo que considera la parroquia como “*un centro de encuadramiento*” y, por otro, el modelo funcional en la que se la concibe como “*un gran centro de servicio* de lo religioso”. La experiencia ordinaria permite constatar que al viejo modelo de la parroquia tridentina en el que los fieles se encuadran en una parroquia bajo el cuidado de un sacerdote, ahora se suma, pero ya sin el anterior control social, la concepción de una parroquia como lugar donde se dispensan los servicios que demandan como un derecho los feligreses de su territorio.

Desde esta perspectiva, se da un verdadero desfase entre la demanda de los feligreses, no siempre fieles cristianos, y la oferta de la parroquia, no siempre adaptada a la situación de sus destinatarios. Por un lado, por razones antropológicas y bajo la inercia de la vieja cristiandad, los feligreses acuden a la parroquia para satisfacer las necesidades de tipo simbólico-religioso que tienen; sin embargo, desean implicarse lo menos posible y son refractarios a cualquier imperativo que le imponga la Iglesia. Por otro, la parroquia sigue bajo la configuración territorial y se ofrece a sus feligreses como un ámbito de cuidado pastoral con unas acciones predeterminadas, que llevan consigo unos requisitos que no terminan de dar respuesta a las demandas de quienes ni tienen fe ni, en realidad, la buscan.

Más allá de la intención que pueda animar a los dirigentes parroquiales, al final la parroquia es percibida más como una instancia administrativa de lo religioso que como un ámbito evangelizador y de atención pastoral. De hecho, esta pretensión evangelizadora es vista por los feligreses “usuarios” más como un inconveniente para el fácil logro de sus intereses que como una posibilidad para enriquecer su vida. Por otro lado, realizada como lugar de servicios, la parroquia se concibe cada vez menos como un lugar donde la gente se reúne y puede compartir la vida y la fe.

#### b. La parroquia como comunidad iniciática

Mas allá del juego de las ofertas y demandas que, concretamente, puedan articular la pastoral catequética, la catequesis tiene como imperativo poner a los que se inician “no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo” (DGC 80). Para que este imperativo se cumpla es preciso que el proceso iniciático se desarrolle en un ámbito comunitario que de un modo sencillo, a la vez que transparente, sea capaz de testimoniar el acontecimiento de la fe. *La catequesis iniciática exige una comunidad cristiana capaz de iniciar en la fe.* La Palabra que se proclama en la catequesis debe encontrar su referencia explícita en el testimonio de un grupo humano que se ha reunido y vive la novedad de vida que les a otorgado su fe en el acontecimiento de Jesucristo.

En efecto, para que la catequesis no sea una instancia paralela y menos ajena a la comunidad cristiana, esta misma debe ofrecer el dispositivo necesario –con las relaciones y procedimientos correspondientes– que permita introducir, a los que se inician, en las mediaciones del acontecimiento cristiano que constituyen la trama de la propia vida comunitaria. En realidad, la comunidad cristiana es la que debe portar el título de “iniciática”. Una catequesis sin la referencia y soporte de una comunidad “iniciática”, nunca podrá ser tal, por mucho que lleve ese título. De algún modo, se verá siempre abocada a un proceso idealista y utópico que tanto más generará frustración cuanto más pretenda ser fiel a la pureza del anuncio y más inste a una respuesta voluntarista.

En nuestra opinión, de entre todas las instancias eclesiales, hoy día, *la parroquia sigue siendo ese ámbito comunitario* capaz de constituirse, de un modo privilegiado, en una instancia iniciática. Ciertamente, no se puede olvidar la aportación específica de las familias cristianas, de los colegios católicos, de los diversos movimientos y asociaciones... en el proceso iniciático de la fe; pero creemos que, en el ámbito de la Iglesia particular, la parroquia sigue siendo la instancia más capaz de incorporar y articular el resto de las plataformas eclesiales, ofreciendo el necesario marco comunitario al imprescindible proceso iniciático. De este modo, si por un lado es en la referencia parroquial, fraguada en un espíritu de comunión, donde las otras plataformas eclesiales pueden hacer su aportación particular, librándose de la tentación de la exclusividad; por otro, la parroquia solo cumple su vocación de apertura y de servicio de comunión en la medida en que incorpora a estas y las dispone

en aras de manifestar el misterio de la fe. En el último apartado de nuestro estudio profundizaremos en este extremo.

### III. LA COMUNIDAD CRISTIANA, CATEQUESIS VIVIENTE

Llegamos al punto central de nuestro trabajo. Es el momento de reflexionar sobre la identidad de la comunidad cristiana, sobre los elementos esenciales que la constituyen y manifestar la responsabilidad, diversamente compartida, que todos sus miembros tienen en aras de iniciar en la fe.

#### 1. LA COMUNIDAD CRISTIANA ES UN ESPACIO SACRAMENTAL

##### a. El carácter sacramental de la Iglesia<sup>13</sup>

“La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1)<sup>14</sup>. El Concilio reconoce un vínculo esencial entre la Iglesia y Cristo, su Salvador y Señor; y, a partir de ese vínculo, presenta a la Iglesia como sacramento: sacramento del propio Jesucristo y de su obra salvadora. *La Iglesia es una realidad humana y visible que hace presente una realidad divina e invisible*. En efecto, en ella, enteramente humana, acontece una realidad cualitativamente diversa a todo lo humano, misteriosa; y, por tanto, inalcanzable a la exclusiva actividad del hombre.

Profundicemos en este carácter sacramental de la Iglesia a partir de un par de observaciones de H. de Lubac al respecto:

Por una parte, como es el signo de otra cosa distinta, debemos atravesarlo totalmente, y no sólo a medias. No debemos detenernos en el signo, ya que por sí mismo no tiene valor [...] Pero por otra parte,

13 Para este punto cf. H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia* (Madrid 1980) 163-187, *Id.*, *Paradoja y misterio de la Iglesia* (Salamanca 2014) 21-62; W. KASPER, *Teología e Iglesia* (Herder, Barcelona 1989) 325-400; S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana* (Salamanca 2007) 211-607.

14 Para san Juan Pablo II la manifestación de este carácter sacramental de la Iglesia tiene un carácter programático, para este III milenio, cf. JUAN PABLO II, *Carta apostólica “Novo millennio ineunte”* (6 de enero de 2001) 42b.

tampoco esta realidad sacramental es un signo cualquiera de carácter provisional o que pueda cambiarse a capricho, sino que tiene una relación esencial con nuestra condición presente que, si ha superado ya el tiempo de las puras figuras, tampoco ha llegado todavía a la posesión de la plena “verdad”<sup>15</sup>.

En la Iglesia, la realidad invisible es el misterio de la comunión trinitaria: misterio de amor abierto y ofrecido a los hombres en la entrega de Jesucristo y el don del Espíritu; misterio que acontece, sin identificarse en sentido estricto, en la realidad visible de la comunidad eclesial. En este sentido, siempre que se quiera acceder al misterio del acontecimiento cristiano, es preciso pasar una y otra vez por el signo que compone la comunidad cristiana; quien busca participar del amor de Dios y acoger la vida nueva que el Espíritu de Cristo ofrece, no puede sino trascender constantemente el signo eclesial en el que se ofrece. Pero a la vez, ese signo nunca puede ser abandonado, él no es intermediación del acontecimiento que una vez que pone en contacto desaparece; la comunidad eclesial es mediación permanente –no accesoria ni provisional–, en ella misma se ofrece el misterio de la fe y en ella es donde se puede entrar en comunión con Jesucristo y se recibe su gracia.

En efecto, “la comunidad cristiana es la realización histórica del don de la ‘comunión’ (*koinonia*), que es un fruto del Espíritu Santo” (DGC 253). El misterio de la comunión trinitaria es el que constituye y da sentido a la comunidad eclesial<sup>16</sup>:

- Es su *fuentes*: el origen de la comunidad está en la acción del Espíritu concedido por el Padre, a través de su Hijo Jesús, que prolonga en su Iglesia la comunión de amor que existe en la Trinidad<sup>17</sup>.

---

15 DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, 163-164.

16 A. BOTANA CAEIRO, “Comunidad Cristiana”, en: V. PEDROSA *et al.* (dirs.), *Nuevo diccionario de catequética* (Madrid 1999) 480-481.

17 “La Iglesia es esencialmente una ‘obra y un efecto del don de la gracia de Dios’ (*esse gratiae*). En efecto, ‘el don de la gracia del Espíritu santo es lo principal en la ley nueva’; el resto resulta ‘secundario’, pues es ‘dispositivo –*dispositivum ad gratiam*– para la gracia del Espíritu santo, como por ejemplo ‘los documentos de la fe, los preceptos, las obras de los sacramentos’” (PIÉ-NINOT, 213, que cita S. TOMÁS, *Summa Theologiae*, I-II, q. 106, a. 1 y 2; q. 108, a.1).

- Es su *camino*: en comunión con Jesucristo, la comunidad se realiza y avanza en un doble eje: en referencia a Dios Padre, por la filiación y, en referencia a los otros por la fraternidad<sup>18</sup>.
- Y es, también, *meta*: la comunión es una realidad escatológica, solo cuando todo sea recapitulado en Cristo (cf. Ef 1,10) y Dios sea todo en todos (cf. 1 Co 15,28) se podrá vivir en plenitud. Hasta ese instante la Iglesia se encuentra en un permanente peregrinaje, donde nada tiene un carácter absoluto y todo halla su justificación en la medida en que conduce a la meta.

La Iglesia es pues una realidad sacramental, es el sacramento de Jesucristo y cauce privilegiado de su salvación<sup>19</sup>. Ella tiene como imperativo referir al misterio cristiano, pero, también, solo quien entra en relación con este misterio que la habita, participa verdaderamente de ella.

#### b. La necesidad de la comunidad cristiana “inmediata”

Ciertamente, como hemos indicado en varias ocasiones, *la primera referencia de la comunidad cristiana es la Iglesia particular* o diócesis<sup>20</sup>. El Concilio no entiende la “diócesis” como una circunscripción local o división

---

18 “La ‘filiación divina’ y su correlato ‘la fraternidad humana’ conforman la ‘realidad’ teológica y última de la Iglesia-sacramento (*res sacramenti Ecclesiae*) [...] Tal perspectiva es leída en relación al reino de Dios –como metáfora de la nueva relación filial con Dios y de la nueva fraternidad con los hombres–, ya que ‘la Iglesia pretende una sola cosa: que venga el reino de Dios’ (GS 45)” (*Ibid.*, 219).

19 Reproducimos un amplio texto de H. de Lubac, elaborado a partir de múltiples referencias patrísticas, que con especial vigor incide en este aspecto: “Si Jesucristo no constituye su riqueza, la Iglesia es miserable. Si el Espíritu de Jesucristo no florece en ella, la Iglesia es estéril. Su edificio amenaza ruina, si no es Jesucristo su Arquitecto y si el Espíritu Santo no es el cimiento de las piedras con que está constituida. No tiene belleza alguna, si no refleja la belleza sin par del Rostro de Jesucristo, y si no es el árbol cuya raíz es la Pasión de Jesucristo. La ciencia de que se ufana es falsa y falsa también la sabiduría que le adorna, si ambas no se resumen en Jesucristo. Ella nos retiene en las sombras de muerte, si su luz no es ‘luz iluminada’ que viene enteramente de Jesucristo. Toda su doctrina es una mentira, si no anuncia la Verdad que es Jesucristo. Toda su gloria es vana, si no la funda en la humanidad de Jesucristo. Su mismo nombre nos resulta extraño, si no evoca inmediatamente en nosotros el único Nombre que les ha sido dado a los hombres para que alcancen su salud. La Iglesia no significa nada para nosotros si no es el sacramento, el signo eficaz de Jesucristo” (DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, 176-176).

20 Sobre cómo acontece el misterio de comunión en la Iglesia particular y algunos criterios para estimular su sacramentalidad cf. J. C. R. GARCÍA PAREDES, “Comunidades dentro de la Iglesia comunidad”: *Teología y Catequesis* 75 (2000) 63-82.



administrativa de la Iglesia universal; sino que la concibe como la realización plena y concreta, en un determinado lugar, del propio misterio de la Iglesia:

La diócesis es una porción del Pueblo de Dios que se confía a un obispo para que la apaciente con la colaboración de su presbiterio. Así unida a su pastor, que la reúne en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular. En ella está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo una, santa, católica y apostólica<sup>21</sup>.

En efecto, según *Christus dominus*, en la diócesis está “verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo una, santa, católica y apostólica” y esto en razón de que está constituida a partir de los elementos y cualidades que le son esenciales a la configuración eclesial. Tiene como “elemento fundamental” una porción del pueblo de Dios; como “elementos genéticos” el Espíritu Santo (“elemento trascendente”) que reúne a ese pueblo por medio de la proclamación del Evangelio y la celebración de la Eucaristía (“elementos visibles-sacramentales”); y como “elemento ministerial” la presidencia del obispo, cabeza y pastor de la diócesis, con la colaboración de los presbíteros.

La Iglesia diocesana es, por tanto, la primera responsable de desplegar todas las funciones, ministerios y servicios que son necesarios para actualizar el acontecimiento cristiano de comunión y desarrollar la misión evangelizadora. Entre este conjunto de ministerios y servicios “ocupa un lugar destacado el *ministerio de la catequesis*” (DGC 219). En realidad, la iniciación cristiana solo se puede realizar en el seno de una Iglesia particular y en referencia a ella<sup>22</sup>. Sin esta correcta perspectiva eclesial, la catequesis iniciática corre el peligro de caer en parcialidades y particularismos, y no logra engendrar en la fe a los nuevos creyentes.

No obstante, aunque en el marco de la Iglesia universal, la diócesis sea la referencia última de la iniciación cristiana, es preciso que los que se inician

21 VATICANO II, Decreto *Christus Dominus*, 11. Para el comentario y la terminología que a continuación exponemos cf. PIÉ-NINOT, *Eclesiología*, 333-341; también DGC 217-218.

22 Cf. C. AGUILAR GRANDE, “La catequesis en la Iglesia particular”: *Teología y Catequesis* 104 (2007) 113-135; *ib.*, “El servicio y el proyecto diocesano de catequesis” en: M. DEL CAMPO GUILARTE (ed.), *La pedagogía de la fe, al servicio del itinerario de la iniciación cristiana* (Madrid 2009) 311-336; y en este número de la revista: *ib.*, “La Iglesia particular responsable de la transmisión de la fe”: *Teología y Catequesis* (2015) 57-78

tengan una experiencia de una comunidad inmediata donde puedan, de un modo concreto y vital, nacer a la fe, educarse en ella y vivirla (cf. DGC 253). Así es, para que los que buscan a Cristo puedan ser iniciados en la fe es necesario que entren en contacto con una verdadera *comunidad cristiana inmediata*<sup>23</sup>. Con esta expresión nos referimos a un ámbito eclesial donde el creyente pueda experimentar, de una manera concreta, el misterio de la Iglesia; donde se le ofrezca, de un modo articulado, los medios necesarios por los que la gracia de la comunión acontece y toma cuerpo; y donde, por tener una medida humana, pueda desarrollar, hacia dentro y hacia fuera, las nuevas relaciones personales –filiales y fraternas– que brotan de la fe. Solo una comunidad inmediata que pueda ofrecer estas garantías puede ser, en verdad el espacio iniciático que se necesita para transmitir la fe. La razón es muy sencilla, la propia comunidad cristiana tiene como vocación ser ella misma el camino de iniciación; por tanto, debe reunir en sí todos los elementos necesarios que la hagan apta para tal servicio. Evidentemente, aquí, en ningún caso, estamos hablando de comunidades cerradas sobre sí mismas. Las comunidades cristianas inmediatas solo serán verdaderamente eclesiales si están permanentemente referidas tanto a la Iglesia local diocesana como a la universal, pues solo en éstas referencias adquirirá su verdadera dimensión<sup>24</sup>.

### c. La comunidad cristiana como catequesis viviente<sup>25</sup>

“La catequesis es una formación orgánica y sistemática de la fe”, “es un aprendizaje de toda la vida cristiana”. Ella es la “indagación vital y orgánica

23 Antes de cualquier otra distinción, esta es la expresión que utiliza el *Directorio* a la hora de determinar el ámbito eclesial que, de un modo cercano, visibiliza el don de la “comunión”, cf. DGC 253. Para los presupuestos antropológicos-educativos que postulan la necesidad de la comunidad cf. F. PAJER, “Una catequesis en la que la comunidad cristiana en su conjunto es a la vez catequizante y catequizada”, en: H. DERROITTE (dir), *15 nuevos caminos para la catequesis hoy* (Santander 2005) 27-32.

24 “En el lenguaje teológico pastoral de la Iglesia se puede afirmar que en la comunión de vida y amor que brota de Jesucristo se da un doble movimiento que conducido por el Espíritu: va de la Iglesia universal, es decir: de la comunión de Iglesias locales extendidas por todo el universo, a cada Iglesia local y a sus comunidades, y viceversa, de las comunidades a la Iglesia local y de aquí a la universal. Por eso el cristiano, sintiéndose miembro de una comunidad creyente, se comprenderá a sí mismo unido a la Iglesia local y en ella a la comunión de Iglesias” (COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La catequesis de la comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España, hoy* [24-II-1983] 256).

25 cf. N. METTE, “La communauté chrétienne comme catéchèse vivante” *Lumen Vitae* 55 (2000/2) 139-148. Ofrece un buen marco a nuestra reflexión E. ALBERICH, *Catequesis evangelizadora* (Madrid 2009) 215-228.

en el misterio de Cristo”, “de forma que el hombre entero, en sus experiencias más profundas, se vea fecundado por la Palabra de Dios” (cf. DGC 67). Esta caracterización que el *Directorio* hace de la catequesis exige el correlato de una comunidad cristiana. Una catequesis meramente doctrinal y moralista podrá contentarse con la enseñanza de un texto y la prescripción de unas normas y ritos; pero una catequesis que quiere formar a los discípulos de Jesús en la vida nueva que brota de su Pascua, que quiere ayudarles a configurar sus experiencias vitales con la experiencia de gracia que brota del misterio de Cristo, reclama un contacto vital con una realidad sacramental que procure la indagación vital y la asunción de ese misterio. Desde esta perspectiva, la comunidad cristiana se presenta como una realidad capital para la iniciación catequética. Más aún, según el *Directorio*,

La comunidad cristiana es en sí misma catequesis viviente. Siendo lo que es, anuncia, celebra, vive y permanece siempre como el espacio vital indispensable y primario de la catequesis (DGC 141).

No cabe duda, la noción iniciática de la catequesis postula la existencia de una comunidad cristiana. La verdadera comunidad cristiana siempre es una comunidad iniciática y la iniciación solo se puede dar en relación con una verdadera comunidad. La comunidad cristiana no solo es la meta de la actividad catequética (se inicia *para* la comunidad); sino que es el espacio vital (se inicia *en* la comunidad), el método que articula la pedagogía catequética, el único capaz de poner en contacto con el acontecimiento cristiano que le habita<sup>26</sup>. En realidad, la comunidad cristiana, en sí misma, es “la catequesis”, el ámbito humano-visible donde “halla eco y se refleja” el misterio de la comunión trinitaria invisible. Y el ministerio catequético es, justamente, eso: un ministerio, un servicio que la comunidad cristiana se da a sí misma para facilitar su propia comunicación y ayudar a reconocer la vida divina que ella

---

26 Cf. N. METTE, “De la catéchèse dans la communauté à la catéchèse de la communauté”: *Lumen Vitae* 43 (1988) 387-396. Este interesante artículo distingue entre “catequesis *en* la comunidad”, entendida como un desplazamiento meramente espacial del colegio a la parroquia, “catequesis *para* la comunidad”, en la que la comunidad es la meta final, y “catequesis *de* la comunidad” en el que cada miembro de la comunidad es, a su modo, responsable de la catequesis. Lo que nosotros estamos proponiendo al hablar de la “iniciación *en* la comunidad” va más allá, supera el mero desplazamiento espacial del primer modelo, y concibe la misma comunidad como el ámbito iniciatorio en el que sus miembros comparten responsabilidades diversas.

porta. En efecto, si la comunidad es “el lugar visible del testimonio de la fe” y, por tanto, la “fuente, lugar y meta de la catequesis” (cf. DGC 158); el ministerio catequético tiene como función el poner en contacto con la comunidad, introducir en los medios que la articulan, orientar en la búsqueda de su último sentido y desvelar el misterio que la habita.

De este modo, la catequesis tiene como función primera el procurar que se dé un verdadero *proceso de inmersión en la vida eclesial comunitaria* para que los que se inician puedan ir participando progresivamente en la vida de la fe. Ciertamente, el contacto con la vida de la comunidad y con sus miembros tiene un grado de espontaneidad, pero lo que aporta la catequesis es el carácter básico, orgánico y sistemático a ese proceso de acercamiento y participación. La catequesis ayuda a ir entrando gradualmente en las diferentes dimensiones de la fe que componen la vida eclesial –tareas para la catequesis<sup>27</sup>– y ayuda a reconocer en cada una de ellas el modo particular en que el misterio de Cristo se hace presente (cf. DGC 84-87):

- Por el *progresivo conocimiento del mensaje*, el creyente va conociendo las grandes acciones salvíficas que Dios ha realizado con su pueblo, especialmente la pascua de su Hijo, Jesús, y va reconociendo cómo su propia vida está inserta en esa historia de salvación.
- Por la *iniciación en la acción litúrgico-sacramental*, el creyente se va abriendo a la acción gratuita de Dios y va configurando su vida de acuerdo con los misterios de Cristo que poco a poco aprende a celebrar.
- Por el *aprendizaje de los mandamientos*, el creyente va aprendiendo a conocer la voluntad de Dios en su vida, se va dejando guiar por el Espíritu y, muriendo a sí mismo, se va identificando con Jesucristo, su Salvador y Señor.
- Por el *progresivo ejercicio de la oración*, el creyente aprende de Jesús, su Maestro, la nueva manera de orar y, con la recepción del Padrenuestro, participa gozosamente de su relación filial con el Padre.
- Por la *educación en la vida comunitaria*, el creyente se va insertando en las relaciones personales y ministeriales de la comunidad y experimenta, como gracia y tarea, la fraternidad que brota de la confesión común de la paternidad divina.

---

27 “Las tareas de la catequesis corresponden a la educación de las diferentes dimensiones de la fe, ya que la catequesis es una formación cristiana integral, ‘abierto a todas las esferas de la vida cristiana’ (CT 21b)” (DGC 84b).

- Por la *incorporación a la misión eclesial*, el creyente recibe el mandato evangelizador de su Señor como un imperativo personal y va procurando que, bajo la acción del Espíritu, toda su vida sea un servicio del Reino de Dios en medio del mundo.

## 2. ELEMENTOS ESENCIALES DE LA COMUNIDAD CRISTIANA INICIÁTICA

Al inicio de nuestro trabajo dijimos que, en el ámbito eclesial, el término “comunidad” es analógico, de este modo se habla de comunidad diocesana, comunidad religiosa, comunidad cristiana, comunidad parroquial... Nosotros mismos, a lo largo de nuestro estudio, hemos hecho uso de esa analogía. No obstante, una idea queda clara en nuestra exposición. Cuando aquí hablamos de una “comunidad cristiana inmediata” nos estamos refiriendo a *una comunidad iniciática*; es decir, a una comunidad que no solo manifiesta el misterio de comunión que la habita –toda realidad eclesial que sea digna de tal nombre lo debe manifestar–, sino que además cuenta con todos los elementos necesarios para que el dispositivo catequético pueda introducir en ellos e iniciar, justamente, en el misterio de la fe.

¿Qué rasgos deben identificar una comunidad cristiana para que sea, verdaderamente, iniciática, es decir, el ámbito apropiado para el desarrollo de una catequesis de iniciación cristiana? A continuación pasamos a caracterizar dicha comunidad<sup>28</sup>:

- *Una comunidad cristocéntrica*; es decir, un grupo humano reunido en torno al misterio de Cristo, mediador del misterio de comunión de Dios Trinidad; donde la motivación religiosa es el primer factor de unión entre sus miembros y la fuente de su compromiso a favor del reino de Dios. Es un imperativo permanente el que la comunidad fomente una verdadera conciencia cristológica y trinitaria entre sus miembros y así lo proyecte en su entorno.

---

28 En este punto seguimos COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La catequesis de la comunidad*, 257-265. Este documento incorpora gran parte de los elementos que, referidos a la comunidad cristiana, Mons. Estepa recoge en su informe sobre la IV Asamblea general del Sínodo de los Obispos celebrada en torno a la catequesis en octubre de 1977, cf. J. M. ESTEPA LLAURENS, “La comunidad cristiana: origen, meta, ámbitos y agentes de la catequesis”: *Actualidad Catequética* 92-93 (1979) 71-93 (en particular 77-78).

- *Una comunidad congregada por la Palabra de Dios*; lo cual supone que, bajo la guía del Magisterio, la comunidad ha de estar en una permanente actitud de escucha y acogida de la Palabra divina. Esta Palabra es reconocida como fuente de sentido y de vida, y los miembros de la comunidad se capacitan para su recepción cuando están dispuestos a revisarse a su luz y obedientemente se someten a ella.
- *Una comunidad orante centrada en la Eucaristía*, una comunidad auténticamente eclesial es una comunidad reunida en torno a Jesucristo, en torno a su presencia sacramental que acontece en la Eucaristía. Los miembros de la comunidad reconocen en la celebración eucarística el origen y la meta de su vida cristiana y fraterna. La plegaria individual y comunitaria, a la luz de la Palabra, otorga la profundidad de fe que requiere una vida verdaderamente eucarística.
- *Una comunidad que promueva las relaciones fraternas entre sus miembros*; el grupo humano que lleve el título de comunidad cristiana ha de ser forzosamente una comunidad de caridad, donde el amor fraterno, vivido de una manera concreta, sea el modo humano en el que realice y signifique la comunión amorosa del Dios-Trinidad. No cabe duda de que unas relaciones personales de proximidad, en las que se pueda compartir la vida, y la atención delicada a los más necesitados serán los signos que manifiesten la novedad de vida que procura el amor cristiano.
- *Una comunidad de corresponsabilidad y ministerial*, es decir, una comunidad en la que todos sus miembros, en virtud de su bautismo, se sienten responsables de la marcha comunitaria y de su misión. En ella, cada creyente encuentra su propia aportación y, bajo el ministerio de los pastores, contribuye a que el cuerpo eclesial crezca armoniosamente y su misión evangelizadora llegue hasta todos los extremos.
- *Una comunidad misionera*, es decir, conciente y responsable de su misión evangelizadora ante el mundo: una misión que la identifica y la realiza. La comunidad no solo es misionera cuando se encuentra reunida y organiza institucionalmente acciones de salida; sino también cuando sus miembros, dispersos en medio del mundo, cargan sobre sí la responsabilidad de hacer significativo el anuncio del Evangelio entre aquellos con los que comparte la vida, especialmente, entre los más pobres.

- *Una comunidad consciente de sus límites y de la necesidad de complementariedad.* Ninguna comunidad inmediata completa en sí misma toda la riqueza eclesial, por esa razón, debe reconocer sus limitaciones y, en el marco de la Iglesia particular, buscar de un modo efectivo el complemento con otras comunidades. Las diversas configuraciones eclesiales y las diversas opciones carismáticas, lejos de ser un factor de disgregación, son la ocasión de un mutuo enriquecimiento y la expresión concreta del poder de unión que posee la comunión.
- *Una comunidad plural y de talla humana,* es decir, una comunidad donde se encuentren toda la variedad de edades y de situaciones sociales y, a partir de la fe, se hacen posibles las relaciones interpersonales de sus miembros. El sentido comunitario crece cuando el tamaño de la comunidad permite romper el anonimato; los afectos mutuos llevan a superar cualquiera de las barreras que haya entre sus miembros; y todos se sienten, de alguna manera, implicados en la vida y en la fe de los otros.

En la práctica pastoral, muchas veces la autoridad competente determina *a priori* los ámbitos eclesiales en los que iniciar en la fe y administrar los sacramentos. Bien es sabido que estas decisiones no están exentas de polémica. No cabe duda de que si, en vez de hacerlo de un modo apriorístico, la autoridad tuviera en consideración los rasgos que acabamos de enumerar, estaría ofreciendo los criterios que permiten discernir si un determinado ámbito eclesial está o no en condiciones de iniciar en la fe.

### 3. TODA LA COMUNIDAD CRISTIANA RESPONSABLE DE LA CATEQUESIS<sup>29</sup>

La iniciación cristiana es responsabilidad de toda la comunidad cristiana. En efecto, “no debe procurarla los catequistas o los sacerdotes, sino toda la comunidad de los fieles”; ella “es una acción educativa realizada a partir de la responsabilidad peculiar de cada miembro de la comunidad” (DGC 220).

<sup>29</sup> Para este punto y desde diferentes perspectivas puede ser orientativa la siguiente bibliografía: cf. B. HUEBSCH, *La catequesis de toda la comunidad* (Santander 2005), especialmente, el Prólogo; DERROITTE, “Hacia una catequesis de toda la comunidad y para toda la comunidad”, 15-32; y el Epílogo; FOSSION, “Hacia unas comunidades catequizadas y catequizadoras”, 131-147. F. PAJER, “Una catequesis en la que la comunidad cristiana en su conjunto es a la vez catequizante y catequizada”, en: H. DERROITTE (dir.), *15 nuevos caminos para la catequesis hoy* (Santander 2005) 25-42.

Cierto es que cada ámbito comunitario y cada miembro de la comunidad tendrá que hacer su contribución particular, pero todos deben sentirse investidos de la responsabilidad de colaborar en la “única” iniciación de la fe de aquellos que buscan participar del misterio cristiano. Sin pasar revista a cada una de las contribuciones particulares<sup>30</sup>, a continuación decimos una palabra sobre la aportación específica que está llamada a hacer la misma comunidad cristiana, el catequista y el grupo catecumenal.

#### a. La comunidad cristiana misma

Antes que nada, y por delante de las acciones particulares de sus miembros, la comunidad cristiana tiene que tener visibilidad. Es decir, a los ojos de los que todavía no son sus miembros, la comunidad inmediata debe ofrecer unos contornos suficientemente definidos que no sólo manifiesten una identidad particular –la que brota del misterio de la fe-, sino además se ofrezca a los que se le aproximan como cauce para acceder a ese misterio.

Esa visibilidad se adquiere, en primer lugar, por *la calidad de la vida cristiana de sus miembros*. En efecto, si la comunidad cristiana inicia por lo que es (cf. DGC 141), es preciso que sus miembros y todas sus plataformas pastorales manifiesten una identidad cultivada desde la acogida del Evangelio. Los juicios que se hacen sobre los acontecimientos, las prioridades que se manifiestan, la sensibilidad y cercanía a los más pobres, el talante fraterno manifiesto en la acogida y el diálogo, la libertad para superar los prejuicios..., son algunos elementos que marcan un estilo de vida que debe resultar interpelante, a la vez que atractivo.

En segundo lugar, la comunidad cristiana inmediata debe *ofrecer espacios de visibilidad propia*, es decir, espacios en los que por la reunión y el trabajo común de sus miembros manifieste el efecto concreto y la colaboración común que produce la fe en Jesucristo. La gracia de la fraternidad cristiana, por muy gratuita que sea, exige “roce humano”; esto es, trato y comunicación personal que procure un conocimiento y acogida mutua. El acontecimiento de la comunión tiene que hacer su obra, tiene que ganar terreno en medio de

---

30 Respecto al modo particular en que cada uno de los agentes (obispos, presbíteros, padres de familia...) participa del ministerio de la catequesis de la Iglesia particular cf. DGC 5ª parte, cap. I, nº 217-232; respecto a los ámbitos eclesiales cf. DGC 5ª parte, cap. III, nº 253-264. En este número de la revista se encuentra sus estudios correspondientes.



las legítimas diferencias que existen entre los miembros de una comunidad. Sin tiempos de convivencia, sin momentos de confrontación, sin espacios de oración en los que, sin ignorarlas, se relativicen cualquier diferencia en aras de una verdadera fraternidad, no habrá verdadera experiencia del acontecimiento cristiano, se vivirá y propondrá como mera ideología.

Por último, y porque es en el seno de la comunidad cristiana en donde se deben *establecer los procesos iniciáticos*, es preciso que toda la comunidad cristiana –sus miembros, sus funciones y servicios–, de un modo u otro, se vea implicada en esos procesos. No es admisible, como ocurre hoy habitualmente, que el conjunto de la comunidad cristiana permanezca de espaldas a los procesos en los que se inician sus futuros miembros. En la planificación catequética se ha de considerar de qué modo la comunidad se hace presente en los diversos procesos iniciatorios y de qué modo los que se inician van teniendo un trato personal con sus miembros y van participando de las acciones y ministerios comunitarios.

#### b. El servicio comunitario del catequista

Para que la iniciación cristiana se realice en el seno de la comunidad, el servicio del catequista es imprescindible y fundamental. En efecto, sin renunciar a su función generadora, la comunidad iniciática encomienda a los catequistas la tarea de mediar ante sus nuevos miembros. Sobre el alcance de esta mediación, el *Directorio* es especialmente claro: “El catequista es intrínsecamente un mediador que facilita la comunicación entre las personas y el misterio de Dios, así como la de los hombres entre sí y con la comunidad” (DGC 156c). El catequista debe ser siempre consciente de esta encomienda mediadora y toda su actividad debe concebirla como un servicio que busca poner en relación a los catequizandos con la comunidad cristiana y, a través de esta, con el misterio de la fe<sup>31</sup>.

Desde esta perspectiva, y para que el catequista se vea investido de autoridad ante los que inicia, es necesario que el catequista sea, él mismo, *un testigo de la vida de fe*. Los que están bajo su cuidado deben reconocer

---

31 Respecto a la identidad eclesial del catequista cf. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *El catequista y su formación. Orientaciones pastorales* (8-IX-1985) 67-73. No abunda la literatura catequética que trate esta dimensión; baste la siguiente referencia: B. ÁLVAREZ ALFONSO, “La identidad eclesial del catequista”: *Teología y Catequesis* 81 (2002) 49-76.

en él a alguien que ha experimentado el acontecimiento cristiano; a alguien que, a pesar de su debilidad, deja que Dios realice en él su obra salvadora; a alguien que se define, ante todo, como discípulo de Cristo. Y esto no de un modo individual, sino en una plena y cordial vinculación a la comunidad cristiana. Los que se inician deben percibir con claridad que su catequista es un miembro más de la comunidad que les acoge, conocedor de los otros miembros, participe de sus acciones y actividades comunitarias, y sabedor de sus significados.

Por otro lado, el catequista debe considerarse y ejercer de *mediador entre los que se inician y la comunidad*. De esta perspectiva, si resulta imprescindible que ponga en contacto a los catequizandos con la comunidad; también es necesario que inste a todos los miembros e instancias comunitarias a que tengan una actitud de proximidad y de acogida de los que se inician. La catequesis no puede ser un ámbito ajeno a la comunidad y esta no puede permanecer indiferente al proceso iniciático. La labor del catequista debe llevar a romper esas malas inercias que llevan a que la acción catequizadora sea un cuerpo extraño en la vida de la comunidad cristiana. Su papel mediador lleva al catequista a introducir a los que se inician en la vida de la comunidad y a incitar a toda la comunidad a que les reconozcan como miembros suyos.

Por último, el catequista es *un mistagogo*. Bien está que ayude a insertarse a los nuevos cristianos en la vida de la Iglesia, pero para que esta inserción sea plena es necesario que les ayude a abrir los ojos de la fe y sean capaces de pasar de lo humano-visible de la comunidad a lo divino-invisible del misterio que en él acontece. En sentido, y de una manera amplia, es por lo que decimos que el catequista es un mistagogo, alguien que no solo ofrece una interpretación de la realidad eclesial desde la fe; sino que ayuda a los que se inician a confrontarse con el misterio de Cristo y les facilita su inserción en él introduciéndolos en la vida eclesial.

### c. El grupo iniciático<sup>32</sup>

“El grupo tiene una función importante en los procesos de desarrollo de la persona. Esto vale también para la catequesis” (DGC 159). En efecto,

---

32 Cf. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La catequesis de la comunidad*, 283-286; L. BERROCAL DE LA CAL, “Grupo en la catequesis, El”, en: PEDROSA, *Nuevo Diccionario de Catequética*, 1057-1068; ALBERICH, *Catequesis evangelizadora*, 225-226.

en la pedagogía moderna nadie duda de la importancia que tiene el grupo a la hora de educar a las personas. Ya sea para facilitar la socialización de sus miembros, ya sea para la personalización de la propuesta educativa, el grupo es reconocido como una plataforma privilegiada para favorecer el aprendizaje. Referido a una catequesis iniciática, el grupo catecumenal se valida como un instrumento imprescindible, máxime cuando una verdadera iniciación en el misterio de comunión exige una experiencia fraterna concreta que dé soporte al necesario paso de fe. Así lo manifiesta el propio Directorio:

Además de ser un elemento de aprendizaje, el grupo cristiano está llamado a ser una experiencia de comunidad y una forma de participación en la vida eclesial, encontrando en la más amplia comunidad eucarística su plena manifestación y su meta. Dice Jesús: “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos” (Mt 18,20) (DGC 159c).

Este texto ofrece unas preciosas indicaciones. En primer lugar, parte de un presupuesto: siempre que se considere el grupo de catequesis, siempre se le ha de considerar inserto en la comunidad. No puede ser concebido como una realidad cerrada y menos como alternativa a ella. La razón es muy sencilla, como grupo iniciático solo será tal en la medida en que, en su carácter funcional, forme parte de la comunidad eucarística y a ella remita: “el grupo de catequesis, enmarcado en el círculo más amplio de la comunidad cristiana, debe ser iniciación y expresión de pertenencia e identificación eclesial”<sup>33</sup>. En segundo lugar, el Directorio considera que en el grupo se hace operativa, a modo de iniciación, esa pertenencia eclesial, propiciando aquellos elementos que le son esenciales y suscitando el aprendizaje en las actitudes que le son debidas. El grupo iniciático es el ámbito primero donde palabras como comunión, fraternidad, corresponsabilidad, misión se convierten en experiencias de vida.

Teniendo esto en cuenta, consideramos necesario que hoy el grupo iniciático subraye la justa correspondencia entre su necesaria dimensión comunitaria y su *referencia a la comunidad eclesial*. En efecto, debe quedar claro que lo que el grupo ofrece a la experiencia de sus miembros, halla su plena realización en la comunidad cristiana; pero, a la vez, esa experiencia

---

33 BERROCAL, 1061.

“eclesial” en el ámbito del grupo, por su concreción e intensidad personal, ha de ser tenido como el presupuesto de acceso y comprensión de la vida eclesial de la comunidad.

Por otro lado, es imprescindible que el grupo tenga claro dónde radica su génesis. El grupo de catequesis se constituye en la *escucha acogedora de la Palabra divina*; una escucha, ciertamente, que necesita su tiempo, pues esa Palabra que viene de lo alto precisa ser reconocida como proveniente de Dios y dirigida personalmente a cada miembro del grupo. Aquí es tan fundamental la labor del catequista que comunica esa Palabra en la experiencia creyente de la Iglesia, como el compartir que los miembros hacen del eco personal que esa Palabra produce en sus vidas. En el grupo iniciático se afina la correspondencia entre la Palabra de Dios, la experiencia eclesial y la vida de sus miembros; y es donde se aprende a reconocer la acción multiforme de Dios.

Por último, la acogida común de la Palabra que Dios dirige no puede dejar de generar una *fraternidad*. Esta Palabra comunica el amor: el amor paternal de Dios y el amor fraternal de su Hijo, Jesús. Día a día, los miembros del grupo se van reconociendo, en Cristo, hijos de Dios y hermanos de los que el Padre les ha dado como compañeros de camino. Las actitudes fraternas son la mejor prueba de que cada uno ha dado fe al acontecimiento que la Palabra les ha comunicado. Las relaciones interpersonales –de respeto, de comprensión, de ayuda, de perdón, de amistad...– se verán redimensionadas desde esta perspectiva, y no hallaran en los propios juicios y afectos su medida, sino que tendrán en el don del Espíritu la condición de posibilidad y en Cristo su referente último.

## V. LA PARROQUIA, EL ÁMBITO PRIVILEGIADO PARA UNA CATEQUESIS INICIÁTICA

### 1. HABLAMOS DE UNA CATEQUESIS INICIÁTICA

El *Directorio* señala que las comunidades cristianas inmediatas son las responsables primeras de la catequesis y su primer hogar (cf. DGC 220, 253-254). Nuestro trabajo ha tratado de entender y profundizar esta afirmación y, convencidos de que no todas las comunidades cristianas pueden ser iniciáticas, nos hemos detenido en indicar aquellos rasgos que capacitan a una comuni-

dad para introducir pedagógicamente en el misterio de la fe. Esta perspectiva parece contradecirla el *Directorio* cuando a la hora de indicar cuáles son esas comunidades cristianas inmediatas enumera un abanico de ámbitos eclesiales que parece universalizar esta capacidad iniciatoria:

... la familia, la parroquia, la escuela católica, las asociaciones y movimientos cristianos, las comunidades eclesiales de base... Ellas son los “lugares” de la catequesis, es decir, los espacios comunitarios donde la catequesis de inspiración catecumenal y la catequesis permanentemente se realiza (DGC 253b).

No cabe duda de que esta afirmación no es incidental, pues el *Directorio* dedica todo el capítulo III, de la Quinta parte, a manifestar la contribución particular que cada “espacio comunitario” hace a la catequesis. No es el momento de entrar en una exposición detallada de cada uno de ellos; pero, antes de centrar nuestra atención en la parroquia como “el lugar más significativo”, creemos necesario indicar el punto donde, en nuestra opinión, surge la ambigüedad.

En efecto, el *Directorio* parece poner al mismo nivel “la catequesis de inspiración catecumenal” y “la catequesis”; es decir, una “catequesis de iniciación”, que posee una características que le son propias (cf. DGC 67-68), y una “catequesis permanente” que, en su rica variedad (cf. DGC 69-71), constituye lo que podríamos llamar “la dimensión catequizadora” que toda actividad eclesial debe tener. Quizás, para que la relación que el *Directorio* establece entre ambos tipos de catequesis no se tome como una simple nivelación, es preciso considerarla desde una perspectiva superior. Así es, poco más adelante, el documento habla de “proyecto catequético de la comunidad cristiana”, especialmente referido a la Iglesia particular (cf. DGC 72). Perspectiva que desarrolla en el cap. I, de la Quinta parte, cuando esta vez desde la perspectiva del “ministerio de la catequesis en la Iglesia particular”, habla de “la catequesis como un servicio único”, “servicio eclesial indispensable para el crecimiento de la Iglesia”, con un “carácter propio” y con diversidad de agentes, “no necesariamente catequistas directos” (cf. DGC 219).

Lo que subyace a este planteamiento holístico que el *Directorio* tiene de la catequesis es el presupuesto de *la necesaria complementariedad*: complementariedad en los diversos modos de desarrollar la actividad catequética

y complementariedad de los diferentes ámbitos eclesiales. No obstante, para dar respuesta a los tiempos de secularización e increencia que le han tocado vivir, la Iglesia postconciliar ha hecho del catecumenado bautismal, propio de la misión *ad gentes*, el modelo inspirador de su acción catequizadora<sup>34</sup>. De este modo, la catequesis de inspiración catecumenal o catequesis iniciática (cf. DGC 65-66) es considerada la columna vertebral del ministerio catequético y, en consecuencia, cualquier otra actividad educativo–catequizadora debe necesariamente referirse a ella y convertirse en su necesario complemento.

## 2. LA PARROQUIA, EL LUGAR MÁS SIGNIFICATIVO EN QUE SE FORMA Y MANIFIESTA LA COMUNIDAD CRISTIANA

En correspondencia con esta afirmación sobre la catequesis, algo semejante debería decirse respecto a los ámbitos eclesiales. A nuestro entender, en sentido estricto, la parroquia es el ámbito propio de la catequesis iniciática; lo cual no obsta para que otros ámbitos eclesiales desarrollen otros tipos de catequesis o procesos educativos que vienen a complementar o a perfeccionar esa catequesis principal, por estructural, que es la de iniciación. De este modo, no se puede ignorar el servicio educativo único de la familia y de su contribución particular en el despertar y crecimiento de la fe<sup>35</sup>. Tampoco se puede considerar baladí la relevancia que tiene la escuela católica en la formación humana y cristiana de los niños y adolescentes<sup>36</sup>. Y, por supuesto, no tienen poca importancia las aportaciones que hacen, desde sus carismas y sensibilidades particulares, las diversas asociaciones, movimientos, agrupaciones y comunidades de base a la formación de los cristianos en aras de un mayor crecimiento en la fe y una mejor proyección apostólica<sup>37</sup>. En el proyecto catequético de la Iglesia particular, todo esto debe ser considerado e integrado. No obstante, es preciso encontrar el lugar eclesial donde, de un modo próximo y concreto, se visibilice la comunión de los diversos ámbitos eclesiales y donde sea posible la complementariedad de los diversos procesos

34 Cf. DGC 90, que hace referencia al MPD 8; EN 44, ChL 61.

35 Cf. DGC 226-227, 255; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Orientaciones pastorales para la coordinación de la familia, la parroquia y la escuela en la transmisión de la fe*, 16-18, 40-52.

36 Cf. DGC 73-75, 259-260; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Orientaciones pastorales para la coordinación...*, 23-26, 66-78.

37 Cf. DGC 261-264.

catequéticos-educativos en aras de una mejor iniciación de los que buscan participar del acontecimiento cristiano. En nuestra opinión, repetimos, el lugar más significativo de la comunidad cristiana es la parroquia<sup>38</sup>.

Sin negar la aportación particular de los otros ámbitos eclesiales, el mismo Magisterio insiste en la importancia particular que tiene la parroquia respecto a la catequesis. En este sentido, las afirmaciones de san Juan Pablo II son categóricas:

Aunque es verdad que se puede catequizar en todas partes, quiero subrayar –conforme al deseo de muchísimos Obispos– que la comunidad parroquial debe seguir siendo la animadora de la catequesis y su lugar privilegiado [...] Quiérase o no, la parroquia sigue siendo una referencia importante para el pueblo cristiano incluso para los no practicantes. El realismo y la cordura piden, pues, continuar dando a la parroquia, si es necesario, estructuras más adecuadas y sobre todo un nuevo impulso gracias a la integración creciente de miembros cualificados, responsables y generosos [...] En una palabra, sin monopolizar y sin uniformar, la parroquia sigue siendo, como he dicho, el lugar privilegiado de la catequesis. Ella debe encontrar su vocación, el ser una casa de familia, fraternal y acogedora, donde todos los bautizados y los confirmados tomen conciencia de ser pueblo de Dios. Allí, el pan de la buena doctrina y el pan de la Eucaristía son repartidos en abundancia en el marco de un solo acto de culto; desde allí son enviados cada día a su misión apostólica en todas las obras de la vida del mundo<sup>39</sup>.

38 Sobre la parroquia, desde una perspectiva general cf. PIÉ-NINOT, *Eclesiología*, 363-369; C. FLORISTÁN, *Para comprender la parroquia* (Estella 1994); BORRAS – ROUTHIER, *La nueva parroquia*; E. BIANCHI – R. CORTI, *La parroquia* (Salamanca 2005); SECRETARIA GENERAL DEL CONGRESO, *Congreso “parroquia evangelizadora”* (Madrid 1989). Desde una perspectiva comunitaria cf. J. MURGUI SORIANO, *Parroquia y Comunidad en la Iglesia española del postconcilio* (Valencia 1983); M. PAYÁ, *La parroquia, comunidad evangelizadora* (Madrid 1998); A. RUCCIA, *Parrocchia e Comunità* (Bologna 2007); Desde la perspectiva de la catequesis cf. A. ARIZA ARIZA, “La parroquia, ámbito privilegiado de la Iniciación cristiana”: *Teología y Catequesis* 117 (2011) 89-116; A. BORRAS, “Comunidad cristiana y catequesis”: *Sinite* 165 (2014) 13-40.

39 JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica “Catechesi Tradendae”* (16 de octubre de 1979), 67. Otras referencias *Id.*, *Exhortación apostólica “Christifideles Laici”* (30 de diciembre de 1988), 26-27; DGC 257-258; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (LXX ASAMBLEA PLENARIA), *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (27 de noviembre de 1998) 33; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Orientaciones pastorales para la coordinación...*, 19-22, 31, 53-65; COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La catequesis de la comunidad*, 268-271.

No es el momento de profundizar ni en la necesaria coordinación –expresión de comunión– que la parroquia debe de ejercer respecto a las otras instancias eclesiales, ni al necesario proceso de renovación que el tiempo presente la exige. Ahora, nuestro interés se centra en apuntar aquellos elementos que hacen de la comunidad parroquial la comunidad iniciática más propia, por significativa; es decir, que la hacen “la animadora de la catequesis y su lugar privilegiado”.

- *La parroquia es una expresión privilegiada de la comunión eclesial.* La parroquia es una célula viva de la Iglesia particular y, en esta referencia estructural, expresa de un modo visible, inmediato y significativo la comunión eclesial. Su signo distintivo radica en ser la comunidad idónea para celebra la eucaristía: “ella es una comunidad eucarística” (cf. ChL 26b), donde las otras realidades eclesiales se encuentran en la unidad y donde ella las injerta en la verdadera comunión de la Iglesia diocesana y universal.
- *La parroquia es una comunidad eclesial abierta.* Ella es, en palabras de Juan Pablo II, la “Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas” (ChL 26a). En efecto, la territorialidad de la parroquia la hacen ser una realidad eclesial próxima y abierta a la diversidad humana y cristiana que se da en su territorio. En ella encuentra cabida todo creyente, sin más especificación que su fe y su bautismo; pero también aquellos que, atraídos por su testimonio y caridad, buscan su atención y participar de su vida. Por otro lado, la diversidad de realidades humanas y sociales del territorio son el primer acicate para salir de sí y de sus proyectos autoreferenciales y cumplir su encomienda evangelizadora (cf. EG 28).
- *La parroquia es una comunidad iniciática.* “La parroquia nació para acercar las mediaciones de la Iglesia a todos sus miembros” (IC 33). En ella está, de un modo estable, los elementos esenciales por los que el misterio de comunión acontece en la vida de una comunidad: el presbítero que preside la comunidad en nombre del obispo, el anuncio y predicación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, la vida de caridad, el encuentro de los múltiples carismas, la realización de los necesarios ministerios y servicios... Todo es ofrecido como una experiencia humana concreta, sujeta a los diversos avatares pero animada por el espíritu de comunión; y todo puede ser articulado en un proceso educativo por el que iniciar a los que buscan participar del misterio de Dios.



- *La parroquia es la comunidad básica de coordinación de la actividad evangelizadora.* Es un hecho que la parroquia ha perdido el monopolio pastoral. A partir del Concilio las acciones de la Iglesia se han diversificado y una multiplicidad de carismas ha venido a dinamizar su misión evangelizadora; la parroquia no puede permanecer al margen de ese proceso de renovación en el que está introducida la Iglesia. No obstante, sin querer domeñar esta riqueza que el Espíritu está otorgando a la Iglesia, ella sigue siendo la plataforma eclesial básica donde los carismas, ministerios y acciones –sin perder su identidad– “relativizan” su contribución, se encuentran, se complementan y sirven a la misión común.

No cabe duda, la parroquia sigue siendo “el ámbito ordinario donde se nace y se crece en la fe”. Ella constituye “un espacio comunitario muy adecuado para que el ministerio de la Palabra ejercido en ella sea, al mismo tiempo, enseñanza, educación y experiencia vital” (cf. DGC 257b); en pocas palabras, ella es la comunidad eclesial privilegiada para la catequesis iniciática.

## V. CONCLUSIÓN: UNA COMUNIDAD EN PROCESO PERMANENTE DE CATEQUESIS

A la relación que hemos establecido entre “comunidad cristiana” – “comunidad iniciática”, corresponde otra relación, que se revela como un imperativo: “comunidad catequizada” – “comunidad catequizadora”<sup>40</sup>. En efecto, la catequesis no se reduce a la catequesis de iniciación, la catequesis también es “educación permanente de la fe” tanto de sus miembros como de la comunidad cristiana misma. Difícilmente una comunidad cristiana será una comunidad iniciática; difícilmente sus miembros se reconocerán corresponsables, cada uno a su modo, de la iniciación de los nuevos miembros; y difícilmente los que se inician encontrarán los estímulos necesarios para afrontar las dificultades de su camino, si en el seno de la comunidad no hay un clima de *formación permanente de tipo catequético*, esto es, donde “se indague vital y orgánicamente en el misterio de Cristo” por la escucha y la acogida obediente de la Palabra de Dios (cf. DGC 67b).

---

40 La expresión es de A. FOSSION, “Hacia unas comunidades catequizadas y catequizadoras”, 131-147.

Los que se inician en la fe deben observar en los miembros de la comunidad cristiana el mismo esfuerzo que ellos están haciendo por acoger la Palabra y penetrar en el misterio del amor de Dios. Si ellos lo hacen para iniciarse, en los creyentes deben observarlo como la condición de posibilidad para poder recorrer el camino de santidad<sup>41</sup>. Así es, *los cristianos formados* de la comunidad deben participar de unos grupos de fe y vida, donde puedan confrontarse de un modo ordinario con el Evangelio. Y *la misma comunidad* debe ofrecer espacios, de índole catequética, donde sus miembros –con independencia de edad, recorrido de fe o referencia carismática–, se reconozcan, al unísono, sometidos a la Palabra, agraciados por el amor paternal de Dios y receptores del Espíritu de la fraternidad.

La catequesis permanente de la comunidad, sea cual sea el modo en que se desarrolle (*lectio divina*, revisión de vida, catequesis litúrgica, retiros espirituales, catequesis ocasionales...), no solo es el soporte necesario para la maduración de la comunidad y de sus miembros; también es un estímulo para los que siguen el proceso iniciático; y, sobre todo, es la condición de posibilidad para que los nuevos cristianos puedan incorporarse a una comunidad a la altura de lo que han experimentado en su iniciación.

---

41 La renovación misionera que está impulsando el papa Francisco supone, justamente, este camino de formación y maduración –no reducible a lo meramente doctrinal– que pasa por la experiencia del amor y la asunción del mandamiento nuevo, la acogida del don de la fraternidad y una progresiva vida del Espíritu (cf. EG 160-162); y que implica el necesario soporte de una catequesis permanente de tipo kerygmático y mistagógico (cf. EG 163-168).